

# María, mediadora singular de la redención renovada, según la visión de Paray-Le-Monial<sup>1</sup>

*Jaime Pérez-Boccherini Stampa, Pbro.*

*Instituto de Humanidades Cor Jesu (Madrid).*

## Prolegómeno

Los años 2019 y 2020 están aportando ocasiones importantes y cargadas de aniversarios significativos para la Iglesia y el mundo. En 2019 hemos celebrado el centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, y en el año 2020 celebramos otra efeméride que resulta muy próxima en su significado, pues el 13 de mayo se cumplen los cien años de la canonización de la gran “confidente moderna” del Sagrado Corazón, que fue la religiosa de la Orden de la Visitación, Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690)<sup>2</sup>. Unido a tales coincidencias, por otro lado, ahora apenas concluimos también el centenario de las apariciones de Fátima en 1917, cuyo mensaje nos ha permitido afinar de nuevo la potente capacidad de María en su función mediadora.

Tomando la palabra “mediación” en una de sus acepciones más comunes según la RAE, como «participar o intervenir en algo», indudablemente existe en María una tal actuación de mediación salvífica, es decir, de intervención en la historia salvífica, subordinándose siempre a Cristo Único Mediador; así lo enseñó el Concilio<sup>3</sup>. Es una mediación tal que, al menos por

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del Centro Español de Estudios Eclesiásticos anejo a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma en el marco de los proyectos de investigación del curso 2016-2017.

<sup>2</sup> Para consultar una biografía clásica sobre la santa salesa, cf. A. HAMON, *Histoire de la dévotion au Sacré Coeur: Vie de sainte Marguerite-Marie*, I, G. Beauchesne, Paris 1923.

<sup>3</sup> Cf. *Lumen Gentium*, 62: «Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor; pero así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente. La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta

una parte, es semejante a la mediación de los santos y a la de los bautizados en general, en cuanto se esfuerzan agraciados como instrumentos de bien los unos para los otros, en el seno del cuerpo eclesial, y en cuanto participan de la *communio sanctorum*, dogmáticamente sancionada por el Credo, y que consiste también en que, según el Catecismo, «el menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos»<sup>4</sup>.

Esta mediación universal cristiana ofrece, a su vez, uno de los rasgos definidores de la corredención bíblica, en el sentido apostólico general de dicha corredención<sup>5</sup>, e igualmente subordinada en todo a Cristo Redentor, la que guarda para todo cristiano la experiencia paulina testificada en Col 1,24: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia». En efecto, tal mediación corredentora es un dato generalizable a todo cristiano por medio de la comunión de los santos con Cristo y es lo que justifica, por ejemplo, las oraciones y sufragios del cristiano, además del ejercicio meritorio de la virtud de la caridad en todas sus variadas formas. Argumentar que esa mediación corredentora cristiana, genérica, sucede en María en un grado superlativo es algo que resulta obvio. Cuál sea el calibre de esa mediación, en la femineidad ejemplar de la Madre de Jesús, a saber, en su receptividad nutricia<sup>6</sup>, y si, en consecuencia, esa tal mediación se rija en María por un principio de singularidad estricta, abarca ya otra cuestión, que se ha tratado y que se debe seguir tratando, impulsados también aquí por el evento eclesial de Fátima, en orden a la posible definición del Quinto Dogma<sup>7</sup>.

---

protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador». Damos por supuesto la premisa de que esa cooperación suscitada por la única mediación de Cristo participa a la sazón, en cuanto análogamente, de tal mediatividad. Nos llevaría a otro desarrollo demostrar ese paso lógico.

<sup>4</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 953.

<sup>5</sup> Según el Diccionario de la RAE, el prefijo “con”, que según es sabido deriva del latino “cum”, «significa “reunión”, “cooperación” o “agregación”». Y pone estos otros ejemplos verbales: “confluir”, “convenir”, “consorcio”, “componer”, “compadre”, “combinar”.

<sup>6</sup> Tuve ya ocasión reciente de apuntar este matiz: cf. «La Bienaventurada Virgen María, Cáliz de la Divina Misericordia», en AA.VV., *Actas del XVII Simposio de Teología Histórica “El cáliz de la misericordia. La redención que nuestro mundo necesita”* [Valencia, 8, 9 y 10 de noviembre de 2016], Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia (en proceso de edición).

<sup>7</sup> Encontramos en Juan Pablo II una introducción atinada y autorizada de lo que supone la mediación de María, en el contexto de la capacidad mediadora de todo cristiano, juntamente a la posibilidad de apuntar a la distinción singular de la mediación misma de María desde su única maternidad divina. Cf. JUAN PABLO II, «María Mediadora»: Catequesis en la Audiencia

En lo que sigue, aprovechando la constelación en cercanía de los tres centenarios referidos, pretendo analizar desde el punto de vista de la mediación de María una de las visiones místicas más célebres que experimentó Santa Margarita en Paray-le-Monial, que tuvo lugar el 2 de julio de 1688, a poco más de dos años antes de fallecer. Partimos del principio de que también las visiones místicas, sin dejar de ser revelaciones privadas, si al menos han sido aprobadas por la Iglesia y así insertas en la Tradición eclesial —con la limitación pero también con el valor que conllevan, al decir del Magisterio<sup>8</sup>—, sirven entonces como fuente apropiada del quehacer teológico en cuanto desenvuelven una recepción verdadera y legítima de la Palabra de Dios<sup>9</sup>. Ese quehacer seguirá la línea de la cada día más necesaria y, crecientemente reconocida, «teología de los santos»<sup>10</sup>. Junto a una cristología espiritual tan conveniente<sup>11</sup> será así posible elaborar, en su mismo molde, una mariología espiritual<sup>12</sup>.

Transcribimos, a continuación, el texto de nuestro estudio en traducción propia. Repárese en la dificultad de verter a nuestro castellano la lengua extranjera de una religiosa claustral del Gran Siglo francés. Muchas acepciones no son, en realidad, evidentes, pero si profundizamos en ellas descubrimos vetas de altísima teología y espiritualidad, lo que resulta constatable frente a

---

General de 1 de octubre de 1997. Para un balance provisorio del *status quaestionis* de la corredención mariana, cf. C. Pozo, *María, Nueva Eva*, BAC, Madrid 2005, 365-379; A. AMATO, *Maria la Theotokos. Conoscenza ed esperienza*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2011, 259-292.

<sup>8</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 67: «A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de “mejorar” o “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (*sensus fidelium*) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia».

<sup>9</sup> Cf. D. SORRENTINO, «Identità e metodo della teologia spirituale come ‘teologia del vissuto di santità’»: *PATH 7* (2008), 331-349.

<sup>10</sup> Cf. F.-M. LÉTHEL, *Connaître l’amour du Christ qui surpasse toute connaissance*, Éditions du Carmel, Venasque 1989, 31-54.

<sup>11</sup> Cf. J. RATZINGER, *Schauen auf den Durchbohrten. Versuche zu einer spirituellen Christologie*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1990.

<sup>12</sup> Esa parece ser la intuición e intención del cardenal Angelo Amato, que a la par que su obra, arriba citada, *Maria la Theotokos. Conoscenza ed esperienza*, tituló tres años antes, y de modo parejo, su libro cristológico: *Gesù, identità del Cristianesimo. Conoscenza ed esperienza*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2008. Hablaríamos aquí de “conocimiento” y “experiencia” como los vértices del eje de toda teología espiritual, en su doble angular epistémica y empírica.

las caricaturizaciones frecuentes a que se ha sometido la biografía de la virgen visitandina. Se indicarán en notas a pie de página unos pocos ejemplos, como a modo de “catas”, muy notables, de lo que decimos, y servirán como mínima guía de lectura de puntos sobresalientes del trasfondo doctrinal de nuestra fuente<sup>13</sup>.

### 1. Texto<sup>14</sup>

Os diré que habiendo gozado del bien que supuso para mí, durante todo el día de la Visitación, de permanecer retirada delante del Santísimo Sacramento, mi Soberano se dignó, bondadosamente, en gratificar a su frágil esclava con muchas gracias particulares procedentes de su Corazón lleno de amor, el cual, haciéndome entrar dentro de sí mismo, me hizo experimentar cosas que no puedo ni explicar. Se me representó un lugar muy eminente, era espacioso y de una belleza admirable, en medio del cual se alzaba un trono de llamas, y sobre él se hallaba el amable Corazón de Jesús, con su herida, que lanzaba haces tan ardientes y luminosos que todo ese lugar lo llenaba de claridad y calor. La Santa Virgen se encontraba a un lado y San Francisco de Sales en el otro junto con el santo padre De la Colombière; y las Hijas de la Visitación aparecían también en este lugar junto con sus buenos ángeles al lado, cada uno de los cuales sostenía un corazón en la mano, y la Santa Virgen nos invitaba con estas palabras:

Venid, mis bien amadas hijas, aproximaos, porque yo os quiero designar como las depositarias de este precioso tesoro que el divino Sol de justicia ha formado en la tierra virginal de mi corazón, donde permaneció escondido nueve meses, después de los cuales se manifestó a los hombres, los cuales, ignorando lo que vale, lo han menospreciado<sup>15</sup> por haberlo visto mezclado y

<sup>13</sup> A propósito, al detenernos en tales “catas”, resulta destacable considerar que, de un texto eminentemente mariológico, como el que transcribimos a continuación, surgen líneas cristológicas y espirituales muy decisivas para la existencia cristiana.

<sup>14</sup> Cf. «Lettre LXXXIX a la Mère de Saumaise, à Dijon», en: *Vie et oeuvres de Sainte Marguerite-Marie*, II (Paris-Fribourg, Saint-Paul 1991) 304-307. La presente traducción es propia. Para realizarla nos hemos apoyado en los siguientes recursos lexicográficos: AA.VV., *Dictionnaire espagnol maxi+*, HarperCollins Publishers, Paris 2009 [=DEM]; AA.VV., *Le dictionnaire érudit de la langue française*, Larousse, Paris 2014. [=LDEL]; B. HONGRE – J. PIGNAULT, *Dictionnaire du français classique littéraire. De Corneille à Chateaubriand*, Champion Classiques, Paris 2015 [=DFCL]; O. BLOCH – W. VON WARTBURG, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, Presses Universitaires de France, Paris 2016<sup>4</sup> [=DEL].

<sup>15</sup> En el original leemos *méprisé*, es decir, una palabra de indudables resonancias para el lenguaje cortesano y común en la época de la Santa. En su primera acepción y más antigua significa «considerar como indigno de atenciones, de estima, de consideración, de aten-

cubierto con la propia tierra de ellos, dentro de la que el Padre eternal lanzó sobre su Hijo todo el hedor y corrupción de nuestros pecados, y a los que le hizo purgar durante treinta años sumergiéndolos en los ardores del fuego de su caridad. Sin embargo, observado por el Padre que los hombres, bien lejos de enriquecerse y contar con la ventaja de un tesoro tan precioso, pues a tal fin se les había otorgado, trataron por el contrario de aniquilarlo y de exterminarlo de la superficie de la tierra, si tal hubiesen podido, entonces el Padre eternal ha hecho que tal malicia sirviera<sup>16</sup> para retornar<sup>17</sup> todavía a mayor utilidad este precioso oro, que, por los golpes que los hombres le infligieron en su Pasión, lo han cincelado<sup>18</sup> como moneda inapreciable, marcada en la cuña de la divinidad, para que los hombres pudiesen así abonar sus deudas y desempeñar el grave asunto de su eterna salvación<sup>19</sup>.

Y, así, dice esta Reina de bondad, prosiguiendo sus palabras, mientras les mostraba este divino Corazón:

He aquí este precioso tesoro que se os ha manifestado a vosotras en particular, para dilatar el amor que mi Hijo tiene por vuestro Instituto, al que Él

---

ción; no hacer ningún caso de, no tener cuenta de»: «*Considérer como indigne d'égarde, d'estime, de considération, d'attention; ne faire aucun cas de, ne pas tenir compte de*». «*Mépriser*», LDELF, 1.141.

<sup>16</sup> Traduciendo de la expresión «*a fait servir leur malice*», a saber, literalmente, diríamos «ha hecho servir su malicia» o, dicho de otro modo, Dios ha utilizado —soberanamente— aquella malicia para sus fines, como gran señor que se sirviese de sus siervos rebeldes para imponer su dominio sobre los mismos.

<sup>17</sup> Decidimos traducir, a la luz del contexto, «*pour rendre*» con «para retornar», mediante un giro del francés también actual, pero más matizado, de habilidad galante en el lenguaje del Siglo de Oro francés, para el que el vocablo, en deformación del latín *reddere*, también significaba «*donner en retour*»: «dar [devolver] en retorno». Cf. «*Rendre*», DFCL, 646.

<sup>18</sup> Preciosa y profunda forma en que la Santa entiende escuchar de la Virgen el resumen de la vida y pasión de Cristo, en tan pocas líneas: Enviado entre los hombres, cubierto con la pestífera tierra de la humanidad pecadora por la Encarnación, rechazado por ellos y golpeado luego en la Pasión y, así, cincelado como preciosa moneda, y posteriormente, por medio de la Resurrección, resulta acuñado por Dios como precio de nuestra salvación.

<sup>19</sup> En la expresión original leemos: «*Négocier la grande affaire de leur salut éternel*», que, lamentablemente, en una traducción premiosa y superficial, suena de tan poco gusto como decir: «Negociar el gran asunto de su salvación eterna», en hipotético modismo de los que han hecho arrastrar mala fama a la espiritualidad de la reparación de Santa Margarita María de Alacoque, como si se tratase de un remedo de algunas interpretaciones de la teología de la satisfacción. Nada más lejos. Por añadidura, en el francés clásico de la época, “affaire” no significa “asunto” sin más, tal y como hoy se habla en Francia, por ejemplo, del departamento gubernamental del *Ministère des Affaires Étrangères* (“Ministerio de Asuntos Exteriores”), sino que acarrea siempre mayor carga existencial, y significa, en el uso que deducimos aquí, “dificultad”, “inconveniente”, y por eso lo hemos traducido como “grave asunto”. Cf. «*Affaire*», DFCL, 31.

considera y ama como a su querido Benjamín, y por eso le quiere favorecer de esta manera por encima de los demás. Y se precisa que no solamente ellas se enriquezcan de este tesoro, sino que todavía distribuyan esa preciosa moneda con toda su potencia, y lo hagan con abundancia, procurando así de enriquecer a todo el mundo sin temor a que defraude, puesto que, cuanto más tomen ellas de allí, mayormente, a su vez, encontrarán.

A continuación, volviéndose hacia el buen padre De la Colombière, le dice esta Madre de bondad:

Para vos, fiel servidor de mi divino Hijo, tenéis gran parte en ese precioso tesoro; porque si se ha otorgado a las Hijas de la Visitación el conocerlo y distribuirlo a los demás, se ha reservado a los Padres de vuestra Compañía el hacerlo ver y dar a conocer de él la utilidad y el valor, a fin de que resulte de provecho al recibirlo con el respeto y el reconocimiento debido a un don tan grande. Y en la medida que ellos le tributen ese agrado, entonces este divino Corazón, fuente de bendiciones y de gracias, se las derramará abundantemente sobre sus funciones ministeriales, de tal modo que produzcan frutos más allá de sus trabajos y de sus esperanzas, e incluso en favor de la salvación y la perfección<sup>20</sup> de cada uno de ellos en particular.

Nuestro santo Fundador, hablando a sus hijas, les dijo:

Oh, hijas de buen olor, venid a extraer de la fuente de la bendición de las aguas de salvación, de donde él se ha constituido ya una pequeña emanación<sup>21</sup> dentro de vuestras almas, por medio del arroyo que salta en vosotras a raíz de vuestras Constituciones<sup>22</sup>. Será dentro de este divino Corazón que

<sup>20</sup> Nos hallamos ante la clásica distinción entre las obras de salvación y de perfección. Precisamente, los jesuitas tenían por vocación propia alentar al prójimo tanto a las unas como a las otras, según leemos en la Regla 3 del Examen Primero y General de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que reza así: «El fin desta Compañía es no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gratia divina, mas con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos». IGNACIO DE LOYOLA (SAN), *Obras*, BAC, Madrid 2013, 402.

<sup>21</sup> La palabra *écoulement*, vinculada al campo semántico de “arroyo”, término este último con que hemos traducido a continuación el vocablo *ruisseau* (cf. DEM, 420 [français/español]), literalmente y hoy en día significa, por ejemplo, «canalización», «circulación» (cf. *Ibidem*, 156), pero en el francés clásico, consta un giro de Bossuet, coetáneo de la Santa, que manifiesta otra acepción más interesante en el sentido de “emanación”, que aquí cae de lleno en su más pleno significado. Decía Bossuet: «Ce que N. S. J.-C. a été naturellement, il veut bien que ses serviteurs le soient par écoulement de lui-même» (LDEL, 597), que traduciríamos: «Lo que nuestro Señor Jesucristo ha sido de manera natural, bien quiere Él que sus servidores lo sean por emanación de Él».

<sup>22</sup> Para conocer el espíritu y letra de las más antiguas constituciones de la Orden de la Visitación, cf. FRANCISCO DE SALES (SAN), *Obras Selectas*, II, BAC, Madrid 2016<sup>2</sup>, 661-748.

os encontraréis un modo fácil de satisfacer perfectamente lo que os es ordenado en el primer artículo de vuestro Directorio, que contiene en sustancia toda la perfección de vuestro Instituto: «Que toda su vida y ejercicios sean para unirse con Dios».

Es preciso para ello que este Corazón sagrado sea la vida que nos anima, su amor nuestro ejercicio constante, pues solo esto nos puede unir a Dios, «para ayudar mediante súplicas y buenos ejemplos a la Santa Iglesia y a la salvación del prójimo». Y para ello, roguemos en y por el Corazón de Jesús, que quiere constituirse de nuevo en mediador entre Dios y los hombres. Nuestros buenos ejemplos consistirán en vivir en conformidad con las santas máximas y virtudes de este divino Corazón y prestaremos nuestra ayuda a la salvación del próximo difundiendo esta santa devoción. Procuremos derramar el buen olor del Sagrado Corazón de Jesucristo en cada uno de los fieles, a fin de que alcancemos a ser el gozo y la corona de este amable Corazón.

Después de todo esto, todos los buenos ángeles se aproximaron para presentarle a Él los corazones que ellos tenían, que habiendo tocado esa herida sagrada se volvieron bellos y brillantes como estrellas. Había también otros que no brillaban tanto; pero había muchos cuyos nombres permanecían escritos en letras de oro en el Sagrado Corazón, en el cual algunos de estos se sumergían y abismaban por completo con avidez y deleite, a los que Ella les dijo: «Es dentro de este abismo de amor donde se halla vuestra morada y sosiego<sup>23</sup> para siempre».

## 2. Análisis

Hasta aquí nuestro texto. Lo primero que hemos de fijar es su género literario, y bastará que indiquemos lo evidente: se trata de un relato, a tenor de una experiencia de visión mística, reportada mediante el estilo y realidad de una comunicación epistolar. A ese tal relato se le nota impregnado de ideas y ecos no solo de la época sino también de la Sagrada Escritura, ya que podremos rastrearla con facilidad con algunos ejemplos bíblicos importantes, sin descartar el influjo biográfico de tales u otros textos semejantes en la percep-

---

<sup>23</sup> *Repos* aquí refiere más que a un simple descanso, pues en el francés clásico, que es el de la época, como ya lo venimos indicando, de Margarita de Alacoque, esto significa “calma”, “tranquilidad interior”, “paz profunda”. DFCL, 650. Todas esas dimensiones son las que quedan aludidas y entreveradas al transcribir nosotros las palabras, que la Santa escucha de Nuestra Señora, acerca de que el Sagrado Corazón resulta “sosiego” de sus amantes, y lo es “para siempre”.

ción mística interior de la vidente, tal y como suele suceder<sup>24</sup>. Dicho lo cual, será lógico que pasemos con posterioridad a un breve análisis descriptivo, de índole discursiva. Lo haremos siguiendo ciertos rasgos de la metodología semiótica, de validez exegética demostrada<sup>25</sup>, mediante la simple clasificación por las categorías de tiempo, lugar, personajes, palabras, gestos y metáforas.

### a. *Tiempo*

La visión se sucede durante «el día de la Visitación», es decir, en la fiesta mariana principal y titular de la Orden a la que pertenece Santa Margarita, y habiendo permanecido Margarita todo el día delante del Santísimo Sacramento. Dos notas se desprenden de aquí. Por un lado, la centralidad eucarística y corazonista del momento denota el marco cristológico fundamental de toda la visión; por otro lado, esto acontece en el día la fiesta litúrgica de la Visitación de María, en cuya celebración anual la liturgia de la

<sup>24</sup> Cf. J. RATZINGER, «Comentario teológico», en CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El mensaje de Fátima*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000, 38: «En la visión interior se trata, de manera más amplia que en la exterior, de un proceso de traducción, de modo que el sujeto es esencialmente copartícipe en la formación como imagen de lo que aparece. La imagen puede llegar solamente según sus medidas y posibilidades. Tales visiones nunca son simples “fotografías” del más allá, sino que llevan en sí también las posibilidades y los límites del sujeto perceptor. Esto se puede comprender en todas las grandes visiones de los santos; naturalmente, vale también para las visiones de los niños de Fátima. Las imágenes que ellos describen no son en absoluto simples expresiones de su fantasía, sino fruto de una real percepción de origen superior e interior, pero no son imaginaciones como si por un momento se quitara el velo del más allá y el cielo apareciera en su esencia pura, tal como nosotros esperamos verlo un día en la definitiva unión con Dios»

<sup>25</sup> Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de 15 de abril de 1993, PPC, Madrid 2007, 46-47; A.J. GREIMAS - J. COURTÈS, *Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Hachette, Paris 1993; F. MARTIN, «La sémiotique: Une théorie du texte», *SemBib* 122 (2006), 5-26. La cuestión de una semiótica del texto místico ha sido discutida y problematizada anteriormente: cf. AA.VV., *Semiotica del testo mistico. Atti del Congresso Internazionale per le celebrazioni centenarie di Sant'Ignazio di Loyola (1491/1556), San Giovanni della Croce (1542/1591), Fra Luigi di León (1527/1591)*, Gallo Cedrone, L'Aquila-Forte Spagnolo 1995, donde destacamos, para la cuestión en general: F. RIELO, «Experiencia mística y lenguaje», 126-155. Para ejemplo de análisis semióticos de textos espirituales: cf. J. COURTÈS, «Essai d'analyse fonctionnelle du manuscrit 'B' de Thérèse de Lisieux», *RAM* 45 (1969), 283-310; C. LEGARÉ, «Les structures profondes et de surface du Royaume de Jésus», en AA.VV., *1637-1987. Le Royaume de Jésus. Saint Jean Eudes. Études*, Éditions Paulines & Médiaspaul Montréal – Paris 1988, 131-187. Existen diversas aplicaciones de la semiótica de corte greimasiano a contenidos cristológicos que son semejantes a nuestro trabajo, lo que ratifica la utilidad de este método, cf. L. MARIN, *Sémiotique de la Passion. Topiques et figures*, Aubier-Montaigne-Cerf-Delachaux & Niestlé-Desclée de Brower, Paris 1971.

Iglesia nos sitúa ante el misterio de la presencia de María que, como en la escena evangélica de la visitación de la Virgen a su pariente Isabel (Lc 1,39-43), viene Ella misma a traernos al Señor, su Hijo, cuya presencia salvadora nos visita por su medio, por medio de María. He ahí ya, por lo tanto, desde el primer momento, la configuración del elemento fundamental de la mediación mariana que, no obstante, y precisamente por ello, resulta mediación para el encuentro con Cristo.

### *b. Lugar*

El lugar donde sucede la visión consiste en aquél ya enunciado de la adoración eucarística. Es decir, lo reiteramos, que María se dirige a su salesa en el marco de la presencia sacramental de su Hijo Jesucristo en su Divino Corazón: será así como se produce tal mediación mariana. Además, hemos de estudiar también la disposición del lugar al que conduce la visión: «Se me representó un lugar muy eminente, era espacioso y de una belleza admirable, en medio del cual se alzaba un trono de llamas». Ese enigmático sitio, entrevisto místicamente, cuenta con tres adjetivos: “Eminente”, “espacioso”, y de “belleza admirable”. Tratándose de una visión actual del Señor, en contexto eucarístico, es fácil colegir entonces que se nos está representando un escenario celestial. Por lo que no se trata aquí de la visión de un momento histórico pasado de la vida de Cristo, como les ha sucedido a muchos místicos en sus diversas experiencias, sino de un momento actual de la vida en el Cielo. Además, observemos de nuevo que ese momento celeste nos es mostrado en forma cristológica, pues sobre ese «trono de llamas», es decir, en el centro mismo de la visión, «sobre él se hallaba el amable Corazón de Jesús».

### *c. Personajes*

Lo que conviene, de seguido, de la introducción del tiempo y del lugar de la visión, es la caracterización de los personajes, el primero y central de los cuales resulta ser, como decimos, el Corazón de Cristo, o sea Cristo mismo mostrando su Corazón. Si esta primera figura en aparecer es, a todas luces, la más importante, ¿quién es el siguiente personaje en ser introducido? Se trata de la primera en hablar, la Virgen María, que se encuentra a un lado de Cristo y, junto a Ella, descubrimos luego a las Hijas de la Visitación, junto con sus ángeles de la guarda. Al otro lado de Cristo comparece el fundador del Instituto de la Visitación, San Francisco de Sales, y le hallamos al lado del jesuita confidente y confesor de Santa Margarita, San Claudio De la Colmbière.

*d. Palabras*

Vengamos ahora a la parte nuclear de la visión, cual la componen las palabras que ahí se escuchan, y que proceden en su mayoría de la propia Virgen María. Al analizarlas, desde el primer instante descubrimos en María a la mediadora de un carisma excelente, pues leemos: «Venid, mis bien amadas hijas, aproximaos, porque yo os quiero designar como las depositarias de este precioso tesoro». Luego anunciará a Cristo como ese “tesoro” y, a continuación, alude al Padre como el “divino Sol de justicia”, que lo irradia al mundo, porque ya leemos, por ejemplo, en el salmo, que «el Señor Dios es sol y escudo» (Sal 84 [83],12), y en Malaquías: «Os iluminará un sol de justicia» (Mal 3,20). Es interesante constatar que, en su labor de mediar al conocimiento y acogida del misterio de Jesucristo, la Señora no habla nada de sí misma, como que resonando aquí el versículo joánico: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5).

Justo a continuación, la Virgen se muestra como mensajera del relato de la historia salvífica, bellísima y extraordinariamente narrada en esta visión. Pocas palabras la resumen. Van desde las palabras «ha formado en la tierra virginal de mi corazón», hasta las palabras «desempeñar el grave asunto de su eterna salvación». Las notas de éste, que podríamos apodar “evangelio de María”, insisten en la Encarnación del Verbo bajo la custodia del Corazón de la Madre; también muestran que la Encarnación supuso para Cristo un “mezclarse” y “cubrirse” con la propia tierra de los hombres, que de tierra son y a ella vuelven, en alusión implícita a las enseñanzas del Génesis en 2,7 y 3,19, siendo que, como leemos en la Escritura, Cristo procede de la tierra de María, y así «la fidelidad brota de la tierra / y nuestra tierra dará su fruto» (Sal 85 [84],12.13). Por causa del pecado, Jesucristo hubo de asumir sobre sí, «durante treinta años», una encarnación redentora y sufriente, pues la tierra de la humanidad pecadora que el Señor soportó acarrea “hedor y corrupción”, en manera de decir lo que el Apóstol en 2Cor 5,21: «Al que no conocía el pecado, [el Padre] lo hizo pecado en favor nuestro». Mas los hombres (continuemos con las palabras de la Virgen), «trataron por el contrario de aniquilarlo y de exterminarlo de la superficie de la tierra», es decir, lo que enseña San Juan en su Prólogo: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11); pero sucederá por medio de la resurrección de Cristo, mediante el poder del Padre que, en las palabras de María a Santa Margarita, le haga “retornar” a la tierra, en calidad de “moneda inapreciable”, para el “desempeño” de nuestra salvación, “cincelado” en la Pasión, y resonando aquí las palabras del Profeta Isaías y del Apóstol Pedro: «Sus cicatrices nos curaron» (Is 53,5); «con sus heridas fuisteis curados» (1Pe 2,24). Entrevemos, con-

secuentemente, un despliegue de la historia de la salvación en la versión de las palabras de la Virgen María, tal y como las escucha la santa visitandina en su percepción mística.

Prosiguiendo con la visión, ahora aparece también María como reveladora, dadora y profeta de un don particular de unión a Cristo. Ella indica, señalando al Corazón de Jesús: «He aquí este precioso tesoro que se os ha manifestado a vosotras en particular, para dilatar el amor que mi Hijo tiene por vuestro Instituto», pues Jesús es sin duda el “tesoro escondido”<sup>26</sup>. A su vez, la Señora se muestra como reveladora y dadora de un don particular de misión eclesial, tanto a las salesas, a las que instruye, diciendo: «Y se precisa que no solamente ellas se enriquezcan de este tesoro, sino que todavía distribuyan esa preciosa moneda con toda su potencia»<sup>27</sup>; como a los jesuitas, a los que señala: «Si se ha otorgado a las Hijas de la Visitación el conocerlo y distribuirlo a los demás, se ha reservado a los Padres de vuestra Compañía el hacerlo ver y dar a conocer de él la utilidad y el valor». En este último caso se trata del conocido como *munus suavissimum*<sup>28</sup>. Empero, a través de la encomienda a esas dos instituciones eclesiales, la Virgen mediatamente remite, —es de entender—, a todos los cristianos, pues afirma que han de procurar así «enriquecer a todo el mundo». Decimos “profeta” porque, dirigiéndose a las salesas, la Virgen les promete el siguiente fruto: «Cuanto más tomen ellas de allí, mayormente, a su vez, encontrarán»; y, volviéndose a los jesuitas, les anuncia que producirán «frutos más allá de sus trabajos y de sus esperanzas».

Dejemos atrás, sin detenernos más espacio, el importante paréntesis doctrinal que esta visión mística mariana abre al santo fundador de las salesas, al afirmarles, entre otras enseñanzas, ser «este divino Corazón» no otra cosa sino «la fuente de la bendición de las aguas de salvación», de donde procede una “emanación” para las almas, cuya implicación teológica es muy

<sup>26</sup> «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo» (Mt 13,44). La idea del “tesoro escondido” dio pie al título del famoso libro en torno al jesuita Bernardo de Hoyos (1711-1735) que, junto con el propio escrito, compuesto por su director espiritual, el padre Juan de Loyola, SI, alcanzó a ser el gran iniciador en España de la devoción al Corazón de Jesús.

<sup>27</sup> Cf. la parábola de la dracma perdida en Lc 15,8-10.

<sup>28</sup> Sobre su actualidad y pertinencia, cf. K. RAHNER, «Una Orden antigua en una nueva época. La Compañía de Jesús y su devoción al Corazón de Cristo», *Est Ecl* 59 (1984), 131-138; BENEDICTO XVI, *Carta al Preósito General de la Compañía de Jesús con motivo del 50º Aniversario de la Encíclica Haurietis Aquas*, de 15 de mayo de 2006.

notable para la espiritualidad del Corazón de Jesús<sup>29</sup>. La experiencia vidente de Santa Margarita concluye con María marcando el sello escatológico final a la visión: «Es dentro de este abismo de amor donde se halla vuestra morada y sosiego para siempre». Con estas palabras finales, en correspondencia, asimismo, con las observaciones anteriores, parece que la entera enseñanza que recibe Santa Margarita no consiste sino, en cierto modo, en una explicitación de la revelación a San Juan en el Apocalipsis: «Y me mostró un río de agua viva, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero» (Ap 22,1); en combinación, por ejemplo entre muchos pasajes posibles, con el sentido del Salmo 84 (83), ya citado, ahora en los versículos 2 y 3: «¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y carne retozan por el Dios vivo»; y más aún con lo proclamado por el mismo Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,28-30).

#### *e. Gestos*

La visión alumbra escuetos y sencillos gestos que, en su movimiento expresivo, no obstante, muestran ciertas significaciones relevantes. Al comienzo se nos relata que cada uno de los ángeles de la guarda sostenía en la mano un corazón, el de cada una de las salesas. Sin duda, ese gesto representa, simbólicamente, el cuidado y la vigilancia por cada una. Ya al final, en el otro extremo de la visión, leemos que «todos los buenos ángeles se aproximaron

<sup>29</sup> Esta traducción por “emanación”, cuyas razones expusimos en nota más arriba, tiene para nosotros mucha transcendencia hermenéutica. Resuena aquí Jn 7,37-38: «El que tenga sed, que venga a mí y beba. De su seno brotarán ríos de agua viva». Es ya famosa la controversia exegética acerca de la interpretación adecuada de Jn 7,37-38: ¿la corriente de agua viva, brota del seno de Cristo o del creyente? Fue Hugo Rahner quien abrió la polémica en un conocido artículo (cf. «Flumina de ventre Christi. Die Patristische Auslegung von Ioh. 7,37-38», *ib.*, *Biblica* 22 (1941), 269-302.367-403). Sucede que, precisamente, Rahner hizo acopio de Jn 7,37-38 y Jn 19,34-37 para fundamentar bíblicamente la devoción al Corazón de Jesús, y en la exégesis de Jn 7,37s. modificó el sentido corriente, para afirmar en su lugar que es de Cristo y no del creyente de quien brota el agua viva, acepción que luego recoge *Haurietis Aquas*. Hugo Rahner fundaba su propia exégesis del texto en la lectura patristica del mismo, donde los Padres de la Iglesia enseñan que del seno de Cristo fluye la corriente de vida sacramental sobre la Iglesia, como lo explicaba el propio Rahner en su estudio «Flumina de ventre Christi...». Ahora bien, es muy de notar que, a la luz de nuestra traducción de Santa Margarita, es posible todavía hoy fundar y apoyar la devoción al Corazón de Cristo sobre la base exegética de Jn 7,37-38, incluso en la otra versión!, de que el río de agua viva brota del seno del creyente, pero porque, a su vez, lo recibe de la «fuente de la bendición de las aguas de salvación» que es el Corazón de Cristo.

para presentarle a Él los corazones que ellos tenían, que habiendo tocado esa herida sagrada se volvieron bellos y brillantes como estrellas». Está claro que para los ángeles su misión, en todo momento, es la de guardar y presentar las vidas, las almas, los corazones, los méritos de sus encomendados. Los ángeles aparecen al principio en una compostura quieta y dejan que intervenga la Señora; cuando Ella ha terminado es cuando sucede su último y único movimiento dentro de la visión. Se transluce aquí la doctrina cristiana clásica sobre la importancia y la presencia, pero, también, la subsidiariedad de los ángeles respecto de los hombres en el plan divino de salvación<sup>30</sup>.

Otro gesto reseñable, que nos encontramos al final del relato, se refiere igualmente a los corazones de las salesas. Se nos dice que muchos de ellos tenían escrito su nombre, «con letras de oro», en el Sagrado Corazón, y «en el cual algunos de estos se sumergían y abismaban por completo»; es precioso detalle, que queda explicado con las palabras que siguen, en boca de la Virgen, y que ya hemos comentado: «Es dentro de este abismo de amor donde se halla vuestra morada y sosiego para siempre». Por otra parte, esta intuición en Margarita de ser el Corazón divino el mar en que sumergirse, el abismo en que adentrarse y la morada en que descansar es idea y trasfondo corriente en sus escritos<sup>31</sup>.

Detengámonos, además, en los gestos de Nuestra Señora. Son tres, y muy sobrios. El primero, consiste en que la Santa Virgen invita a aproximarse a las salesas al Corazón de su Hijo, para que reciban el designio de ser sus “depositarias”. El segundo gesto estriba en que, «prosiguiendo sus palabras», continúa mostrando a las salesas el divino Corazón. El tercer gesto consiste en volverse al padre De la Colombière para encomendar a la Compañía de Jesús la tarea del *munus suavissimum*.

Entendemos así que los gestos de María son también centrales y que se hallan enmarcados por los de los ángeles, a su vez completamente supletorios. Estos gestos de María intermedian la presentación del Corazón de Cristo, que es el objeto, igualmente, de sus palabras en todo el tiempo de la visión.

<sup>30</sup> Cf. CCE 328-336.

<sup>31</sup> Por ejemplo, en el leccionario del Oficio Divino, en la memoria de la Santa, nos encontramos con la siguiente perla: «Este Corazón divino es un abismo de todos los bienes, en el que todos los pobres necesitan sumergir sus indigencias: es un abismo de gozo, en el que hay que sumergir todas nuestras tristezas, es un abismo de humildad contra nuestra ineptitud, es un abismo de misericordia para con los desdichados y es un abismo de amor, en el que debe ser sumergida toda nuestra indigencia» (MARGARITA MARÍA DE ALAÇOQUE (SANTA), *Vie et oeuvres*, II, Paris 1915, 336; cit. en: *Liturgia de las Horas*, IV, Barcelona 1993, 1.301).

*f. Metáforas*

Para exponer este último punto de nuestro análisis, nos ocupamos de las metáforas del texto, entendiendo por tales un significado más amplio que el de símbolo, a saber, según la primera acepción del Diccionario de la Real Academia: «Traslación del sentido recto de una voz a otro figurado, en virtud de una comparación tácita». Tenemos que apuntar que nos encontramos en nuestro texto de estudio con multitud de metáforas de variados tipos. Nos será imposible explicar ahora y, menos todavía, analizar como se debe, dentro de los límites e intenciones del presente estudio, el conjunto que surge en la visión de Santa Margarita. Tal tarea tendrá que reservarse para otra ocasión y motivo. Nos limitaremos prácticamente a enumerarlas. Simplemente, llamemos la atención sobre lo siguiente: la lista completa de metáforas presentes en el texto suma precisamente un total de 47 imágenes y comparaciones diferentes, que aparecen mencionadas un total de 55 veces en el texto. El texto original en francés contiene 900 palabras exactas. Significa, como promedio, que cada 16 palabras —el equivalente a esta frase—, aparece una metáfora. Eso supone, por utilizar una expresión sintética, que contamos aquí con una “densidad metafórica” abrumadora. Téngase en cuenta, además, que se trata de metáforas de hondo contenido teológico, cristológico y espiritual. De ese modo, se confirma también, en este caso particular de Santa Margarita, la honda vinculación general entre experiencia mística y simbólica<sup>32</sup>. Repasemos a continuación la lista, que hemos confeccionado con palabras literales del texto:

PARA LA IDEA DE CORAZÓN DE CRISTO:

1. Corazón lleno de amor
2. Amable Corazón de Jesús
3. Divino Corazón (5 veces)
4. Corazón sagrado
5. Corazón de Jesús
6. Sagrado Corazón de Jesucristo
7. Amable Corazón.
8. Sagrado Corazón
9. Tesoro (5 veces) [= el Corazón de Jesús]  
[4 veces va acompañado del adjetivo “precioso”]

<sup>32</sup> Cf. C.A. BERNARD, *Teología simbólica*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2005.

OTRAS IDEAS:

*(las subrayamos en cada expresión)*

1. Un lugar muy eminente
2. [ese lugar] era espacioso
3. [ese lugar era] de una belleza admirable
4. En medio del cual se alzaba un trono de llamas
5. [El Corazón de Jesús] con su herida
6. [El Corazón de Jesús] lanzaba haces tan ardientes
7. [Lanzaba haces tan] luminosos
8. Todo ese lugar lo llenaba de claridad
9. [Todo ese lugar lo llenaba de] calor
10. La Santa Virgen se encontraba a un lado y San Francisco de Sales en el otro, etc...
11. Sus buenos ángeles al lado
12. Cada uno de los cuales [de los ángeles] sostenía un corazón en la mano
13. [Las salesas] depositarias [del Corazón de Jesús]
14. El divino Sol de justicia [= el Padre]
15. “Tierra virginal” [el cuerpo de la Virgen María]
16. de mi corazón” [del Corazón de la Virgen María]
17. La propia tierra de ellos [de la humanidad]
18. Hedor y corrupción de nuestros pecados
19. Ardores del fuego de su caridad [de Cristo]
20. Este precioso oro [Cristo redentor]
21. Cincelado como moneda inapreciable [= Cristo redentor]
22. [Moneda] marcada en la uña de la divinidad [= la voluntad del Padre]
23. Su querido Benjamín [= la Orden de la Visitación]
24. Esa preciosa moneda con toda su potencia [= la devoción al Corazón de Jesús]
25. Fuente de bendiciones y de gracias [= el divino Corazón]
26. Hijas de buen olor [= las salesas]

27. La fente de la bendición [= el Corazón de Jesús]
28. Las aguas de salvación [= la gracia santificante]
29. Una pequeña emanación = [la devoción al Corazón de Jesús en el alma]
30. El arroyo que salta en vosotras [= el carisma de la regla salesa]
31. Buen olor del Sagrado Corazón de Jesucristo en cada uno de los fieles
32. La corona de este amable Corazón = [los devotos del Corazón de Jesús]
33. Esa herida sagrada [del Corazón de Jesús]
34. Se volvieron bellos y brillantes como estrellas [= los corazones de las salesas].
35. Cuyos nombres permanecían escritos en letras de oro en el Sagrado Corazón
36. En el cual algunos de estos se sumergían [por completo]
37. [En el cual algunos de estos se] abismaban por completo
38. Es dentro de este abismo de amor donde se halla vuestra morada y sosiego

Expuesta ya nuestra enumeración, entramos por fin a la valoración conclusiva final al somero recorrido que hemos llevado a cabo.

## Conclusión

Durante este breve estudio, hemos querido abordar una de las visiones místicas que recibiera, a su vez, Santa Margarita María de Alacoque, o sea, una de los santos más influyentes en la historia de la Iglesia en los tres últimos siglos. Si se nos permite apenas un pequeño excurso, notemos, principalmente que, mediante la manifestación en dicha visión del llamado *munus suavissimum*, es notorio que esta vivencia mística dotó en adelante, y hasta casi nuestros días, de una tarea y perfil muy decisivos a la Compañía de Jesús<sup>33</sup>.

El texto analizado se presenta originalmente en un lenguaje de gramática y vocabulario sencillo, pero en su léxico se encubren significados a veces latentes hacia la sensibilidad actual, sino que pertenecen propiamente al contexto cultural del Gran Siglo francés. El traductor ha de informarse y

<sup>33</sup> Esto quiere decir que, posiblemente, y hasta donde estas cosas se pudieran difícilmente medir, la visión mística aquí analizada ha ejercido una gran impronta en la vida de la Iglesia.

estar atento para descubrirlos y trasladarlos bien, frente a manipulaciones, frivolidades e intoxicaciones que, con harta frecuencia, han nublado la aproximación a la Santa de Paray-le-Monial.

En cuanto al contenido mismo de la visión, que consiste, como hemos dicho, en un relato inserto en una comunicación epistolar, el itinerario de la misma lo domina la figura de la Santísima Virgen. Si bien sucede todo dentro del interno marco del Sagrado Corazón, Nuestra Señora es la primera en hablar, ahorma el protagonismo narrativo del relato y después lo sella, si bien con la indicación orientada siempre hacia el Corazón de Cristo, del que termina diciendo: «Es dentro de este abismo de amor donde se halla vuestra morada y sosiego para siempre». Si Margarita es la narradora implícita del relato místico, la Virgen María resulta ser la narradora explícita. En consecuencia, se produce un doble giro, de Margarita a María y de María a Margarita, con su centro culminante en Jesucristo. De hecho, en paralelo a esta línea semántica, otros personajes son solo adyacentes y coadyuvantes: he ahí a los ángeles, a las salesas, a San Claudio De la Colombière y a San Francisco de Sales. Precisamente, la misión de Nuestra Señora es singular porque es la de servir de medio o mediación principal hacia Jesús: la Señora siempre señala al centro polar de la escena, que no es Ella misma sino, ya desde el principio, Jesucristo sobre su “trono de llamas”, que se manifiesta bajo el signo, a su vez central y mediativo en el mismo Cristo, de su Corazón Divino. Hay aquí como un juego de círculos concéntricos: de la Vidente a María, de María al Trono de Llamas, y en el Trono Llameante hallamos a Cristo con su Corazón abierto por la Herida Sagrada, cuya focalización, sin embargo, se nos ha concedido ya desde el principio de la visión.

En la interpretación de esta visión afirmamos, por lo tanto, un binomio figurativo fundamental que integra un eje axiológico dual, el que gravita en torno a Cristo y a María. Se produce como una elipse con un esquema discursivo, que podemos articular mediante una dinámica semio-narrativa, y que reflejaría el siguiente orden aspectual de pivotes narrativos, puesto su marco: centramiento, descentramiento, recentramiento y centramiento. Parece pertinente terminar de situar bien el cometido de ese “doble centro”, pues así lo podríamos denominar, que configuran Jesucristo y su Madre, que en la recíproca dualidad, pero subordinada Ella a la de Él, y en su alternancia bipolar, por emplear una célebre imagen bíblica y devocional, conforman, respetivamente, como el Sol (Lc 1,78) y la Luna (Ap 12,1) de esa “tierra” humana de la que nos habla Santa Margarita. María aparece en todo, y nada menos, que como la gran mediadora hacia Cristo, junto a otras mediaciones presentes, cuales representan San Francisco de Sales y los ángeles, pero también por encima de ellas: mediadora singular, pues; pero nada más que

mediadora hacia el centro hegemónico que representa Jesucristo que, no obstante, al término de la experiencia mística de la santa salesa, se deja envolver y remitir finalmente por el mensaje y mediatividad de María. Es por eso que, entendida la subordinación radical de María a Cristo, pero entendida también la singularidad de la misión mediadora de Nuestra Señora respecto de la de los demás, deducimos entonces una doble mediación o una mediación asociada de ambos<sup>34</sup>, de Cristo y de María.

Por último, pero es lo más notable, la mediación de María dirige la mirada hacia ese Corazón herido, entronizado y envuelto en llamas. No es lugar para ampliar cristológicamente la cuestión, aunque trazos hemos ido sugiriendo, pero sí para resumir el papel mediador de la Madre de Dios en el descubrimiento de este “precioso tesoro” del Sagrado Corazón, de tanta “utilidad” y “valor”. En cierto modo, juntamente con el relato condensado de la Redención, que la Señora nos ofrece en la visión, aparece la difusión de ese tesoro como una nueva llamada redentora. Es por eso que Santa Margarita, en el medio de su experiencia mística, nos urge: «Prestaremos nuestra ayuda a la salvación del próximo difundiendo esta santa devoción». Dicho de otro modo, por medio del mensaje mediador de la Virgen María, se nos ofrece la redención renovada, cuyo centro último es la “Herida Sagrada” del Corazón de Cristo, ya que fue traspasado en la Cruz (Jn 19,34). Es lo que se sigue de las impresionantes palabras de la vidente de Paray: «Y para ello, roguemos en y por el Corazón de Jesús, que quiere constituirse de nuevo en mediador entre Dios y los hombres». Sucede así que en la experiencia sublime de aquella mística religiosa del siglo XVII se nos brinda, todavía para hoy, una joya de alta calidad para el arte de la reflexión mariológica acerca de la singular mediación marial, antes y siempre, en el seno de la obra redentora divina y su difusión por la Iglesia, y en estrecha cooperación con aquella.

---

<sup>34</sup> Cual Alianza entre la Nueva Eva y el Nuevo Adán, según la nomenclatura patristica conocida, notoriamente tan cara a San Ireneo de Lyon y a otros Padres. Cf. A. ORBE, *Antropología de San Ireneo*, BAC, Madrid 1997, 244-253.